



CRISTINA ROSILLO LÓPEZ

ROMANAS

VOCES RESCATADAS

ROMANAS

DESPERTA FERRO



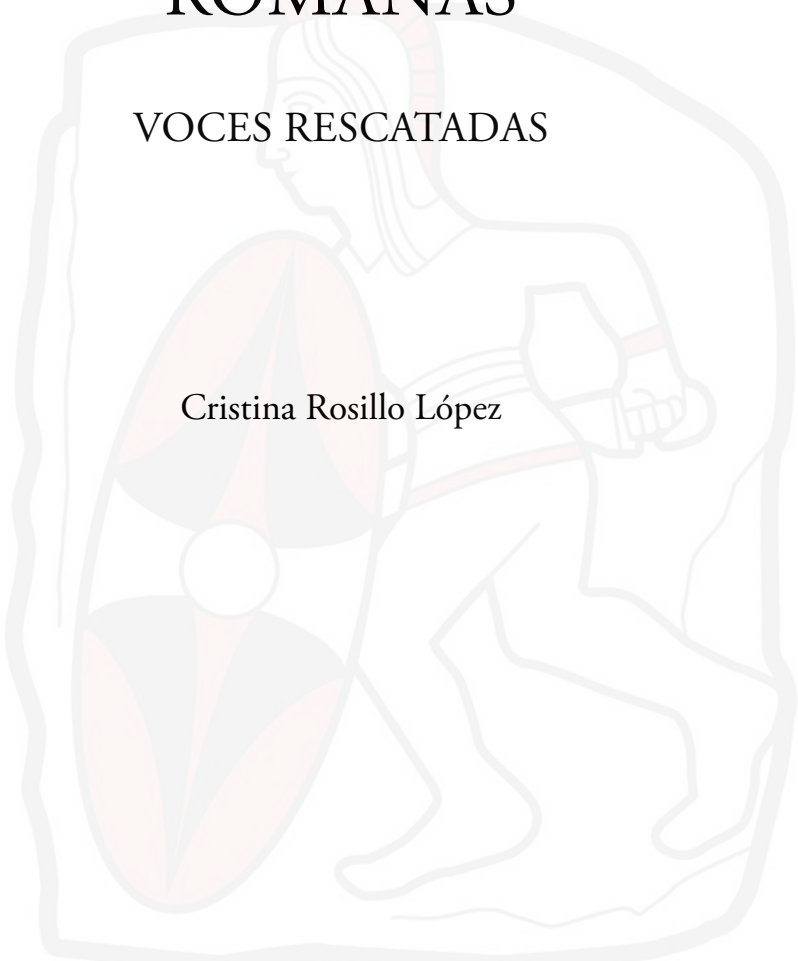
EDICIONES

DESPERTA FERRO

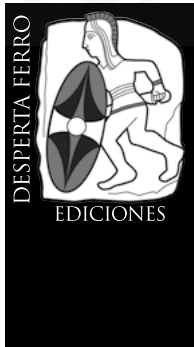
ROMANAS

VOCES RESCATADAS

Cristina Rosillo López



EDICIONES



Romanas. Voces rescatadas
Rosillo López, Cristina
Romanas / Rosillo López, Cristina
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2026. – 384 p., 8 de lám.: il. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D.L.: M-175-2026
ISBN: 979-13-990788-5-5
94(37)-092(055.2) 003.071
355-055.2

ROMANAS

Voces rescatadas

Cristina Rosillo López

© de esta edición:

Romanas. Voces rescatadas

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha. 28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-990788-5-5

D.L.: M-175-2026

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: febrero 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

A Nora. Que siempre se escuche tu voz.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ÍNDICE

Agradecimientos	XI
Introducción	XVII
1. De ciudad a potencia internacional	1
2. El gobierno de un Imperio	61
3. Un recorrido por el mundo romano	149
4. La vida en el mundo romano	227
5. La construcción del mundo romano	285
Epílogo. La experiencia femenina es también universal	329
Bibliografía	335
Índice analítico	345

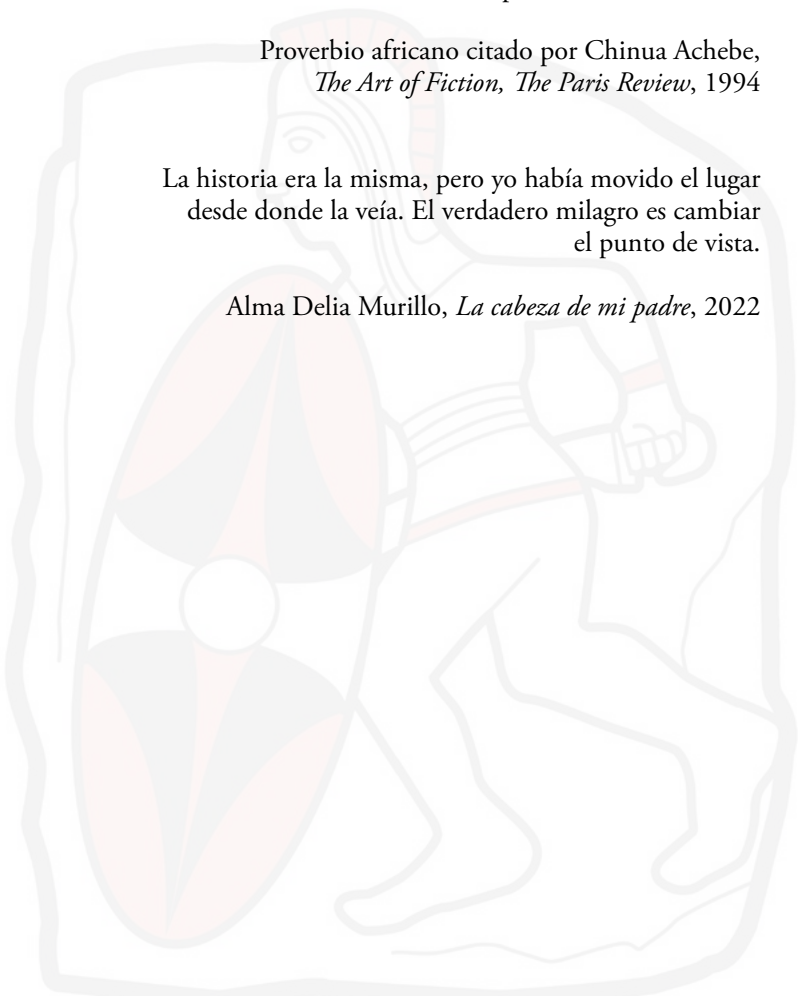
Hasta que los leones tengan sus propios historiadores,
la historia de la caza siempre ensalzará al cazador.

Proverbio africano citado por Chinua Achebe,
The Art of Fiction, The Paris Review, 1994

La historia era la misma, pero yo había movido el lugar
desde donde la veía. El verdadero milagro es cambiar
el punto de vista.

Alma Delia Murillo, *La cabeza de mi padre, 2022*

DESPERTA FERRO



EDICIONES

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro se escribe solo; como muchas otras cosas en la vida, la gente cercana es absolutamente necesaria.

Muchos colegas y amigos resolvieron dudas, sugirieron textos, charlaron conmigo sobre cómo escribir este libro y me salvaron de errores: entre otros, Carmen Alarcón, Francisco Beltrán, Juan Manuel Cortés Copete, Elena Duce, María José Estarán, Marta García Morcillo, Rocío Gordillo, Silvia Lacorte, Fernando Lozano, Elena Muñiz, Nicholas Purcell. Gracias a todos aquellos que, cuando les explicaba mi proyecto de libro, enseguida me mencionaron inscripciones excepcionales escritas por mujeres, algunas de las cuales acabaron por encontrar su camino hasta este texto. Una especial mención para Rosario Moreno, que lleva tiempo compartiendo conmigo esta búsqueda de las mujeres en el mundo antiguo; este libro le debe muchísimo a nuestras conversaciones y reflexiones. Agradezco infinitamente las preguntas y curiosidad de los alumnos y alumnas que han pasado por mis clases, porque preguntar es más importante que poder responder. No se me ocurre un mejor entorno para trabajar que el área de Historia antigua de la Universidad Pablo de Olavide, que posee una enorme calidad científica y, sobre todo, humana.

Mil gracias también al servicio bibliotecario de la Universidad Pablo de Olavide, en especial a David Fernández Lora, que es capaz de conseguir libros inencontrables. Mi estancia en la Universität Münster me permitió tener acceso a unos fondos bibliográficos impresionantes sobre el mundo antiguo; agradezco a Hans Beck, Marian Helm, Johannes Hahn y todo el departamento su cálida acogida y el magnífico ambiente de trabajo que me ofrecieron.

Este libro debe mucho a la red *Libera res publica*, que agrupa a todas las personas que trabajan en España sobre la República romana: las reuniones y debates sobre cómo hacer divulgación han contribuido

mucho a que este manuscrito pueda ver la luz. ¡No me echéis de la red por hablar aquí sobre el Imperio!

Alberto Pérez, gran editor, creyó desde el principio en este proyecto, incluso sin haber leído una línea. Gracias por ese acto de fe. Mi reconocimiento a Isabel López-Ayllón por su detallada lectura.

A mi familia y amigos, por estar siempre ahí. A Raquel, a Ángel y a las Mercurio, por querer escuchar mis historias sobre el mundo romano.

Varias personas se han leído este texto con atención, y por ello se lo agradezco públicamente. A Carmen Gordillo, lectora con ojo avizor, que me insiste (y con razón) en que preste atención a la ciencia y a las científicas. A Francisco Pina Polo, cuya experta mirada me ha ahorrado unas cuantas meteduras de pata; gracias por animarme siempre a aceptar nuevos desafíos. A Igor Pérez Tostado, con el que comparto mis días.

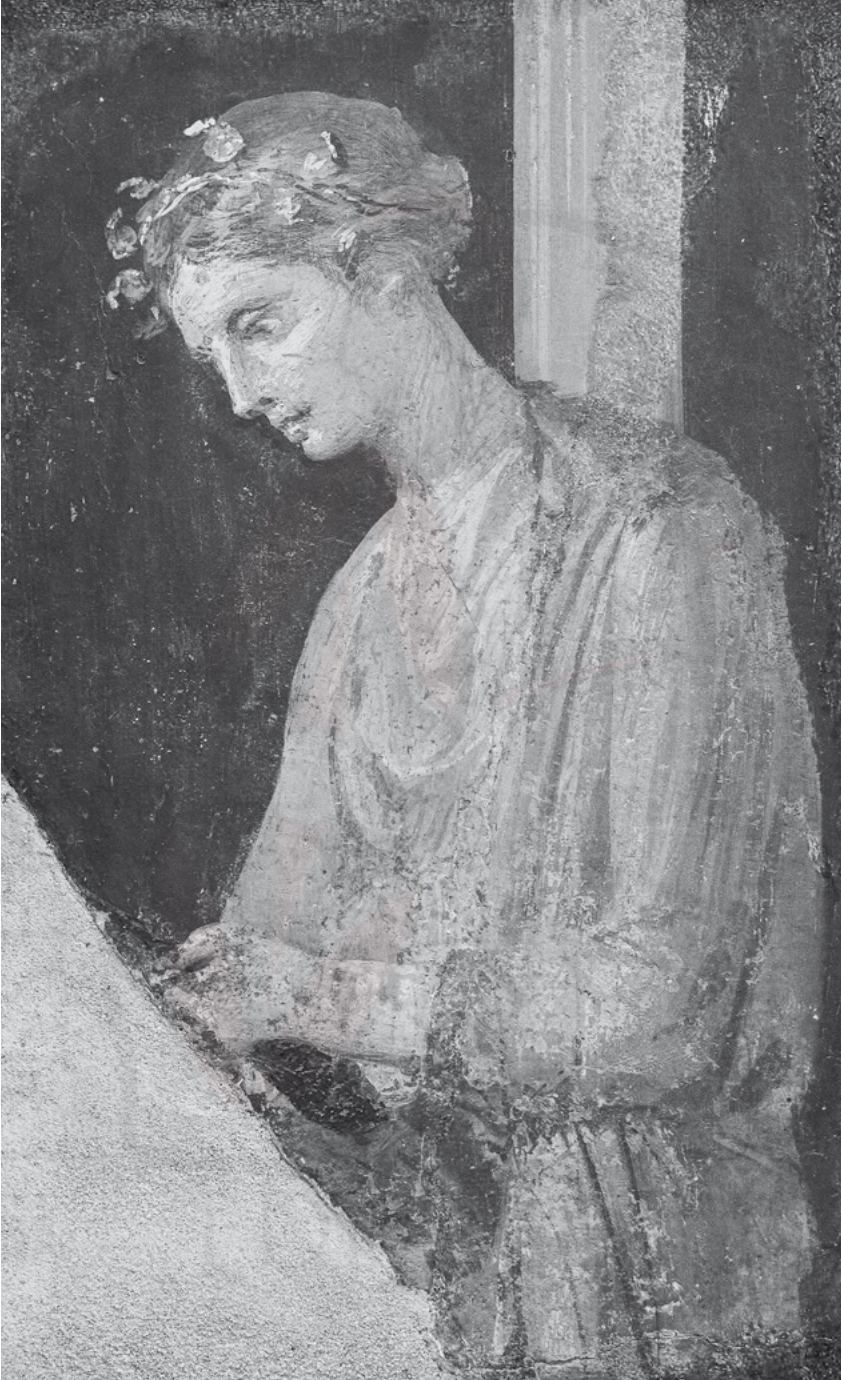
Este libro está dedicado a Nora, que ilumina todo y de la que tanto aprendo.

DESPERTA

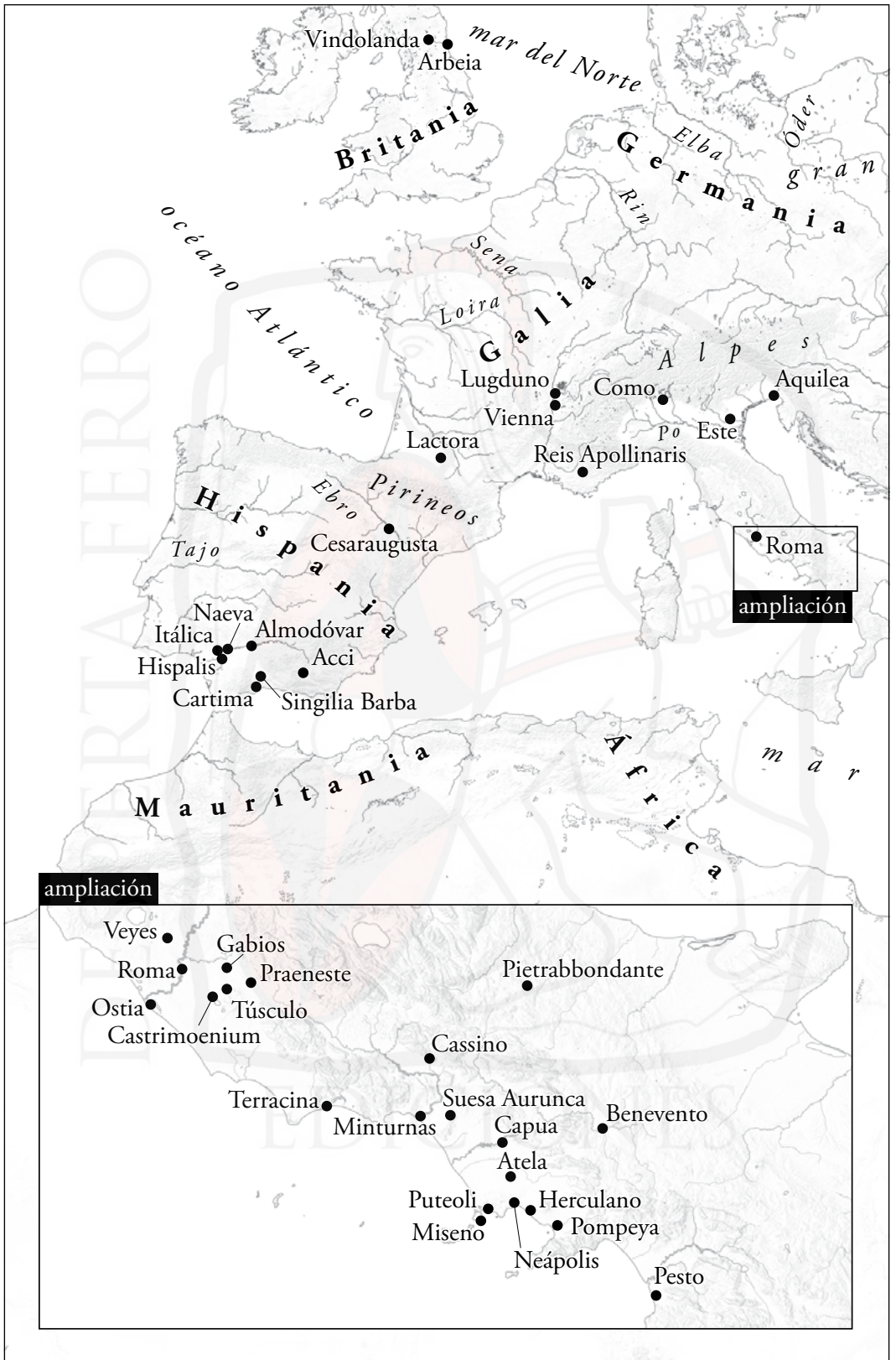


EDICIONES

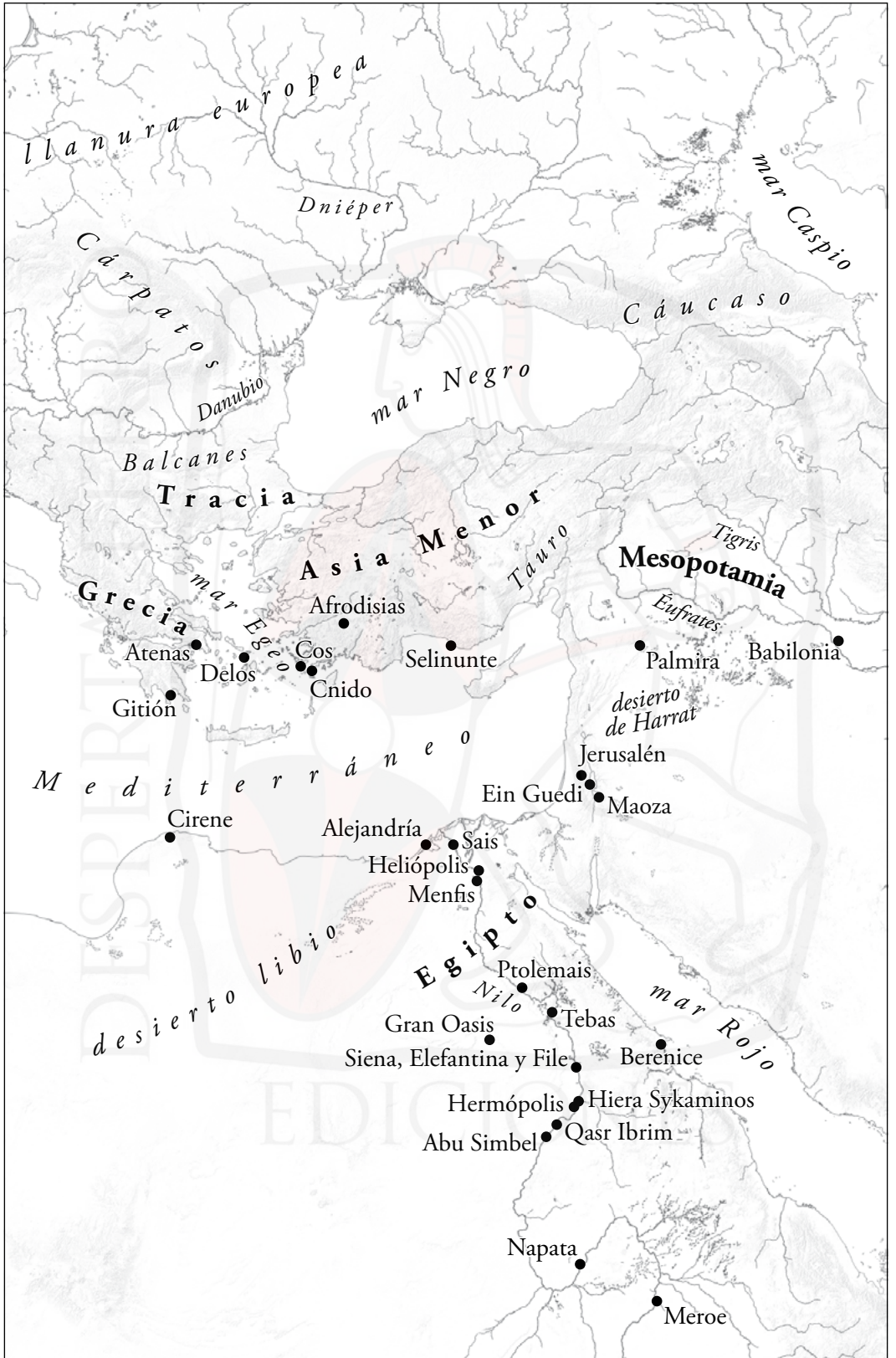
Agradecimientos



Mujer joven leyendo. Fresco proveniente de Pompeya (60-79 d. C.). Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, Italia. © BeakheadIntrados.



Localizaciones de los documentos mencionados a lo largo del libro.



INTRODUCCIÓN

Querida lectora, querido lector, ¿te gustan los desafíos? Aquí te presento uno. Parece ser una verdad universalmente aceptada, ya que así lo han afirmado grandes especialistas, que es imposible rescatar la voz de las mujeres que vivieron durante el Imperio romano.¹ Este libro es mi respuesta a ese desafío, porque sí, se puede escribir un libro sobre el mundo romano empleando únicamente fuentes escritas por mujeres de la época, recuperando así sus voces. Sin embargo, rescatar esas fuentes no es una tarea sencilla, por ello, en el fondo, esta obra es también una investigación detectivesca y una minuciosa búsqueda.

Tienes en las manos la historia del mundo romano que nunca te habían contado. Con anterioridad habrás escuchado, leído o aprendido en el colegio la historia de Roma basada en los escritos de un pequeño grupo de hombres de la élite cuyos relatos literarios han sobrevivido, todos ellos emperadores, senadores e intelectuales. De vez en cuando, se añade a esto algún testimonio de hombres más humildes —trabajadores manuales, antiguos esclavos o esclavos— preservados en inscripciones, grafitis o papiros. Pero se trata de una visión muy parcial sobre el mundo romano, ya que omite la perspectiva del cincuenta por ciento de la población, es decir, de las mujeres. Esta es una historia del mundo romano contada empleando únicamente fuentes escritas por mujeres.

Sí, querido Watson (permíteme el apelativo), esas fuentes existen; solo es necesario abrir los ojos y buscarlas. Y, como verás, son muchas y muy variadas, pues fueron escritas por mujeres de la élite, artesanas, esposas, madres, libertas, esclavas, extranjeras... la enorme variedad de gente que hace tan diverso y fascinante el mundo romano está presente en este libro. Como sugería la historiadora Pánfila, que vivió en el siglo I d. C. y de la cual hablaremos, podemos hacer un bordado, entrelazando los hilos de todas sus historias.

Además, al ver ese mundo a través de sus ojos, esta obra se convierte en algo más que una historia de las mujeres, que también lo es en parte. Ellas nos cuentan su visión sobre las instituciones, la conquista del Mediterráneo, el ejército, la vida cotidiana, la muerte, la política, la economía y la cultura... Su experiencia también tiene un carácter universal, ya que narran la historia de Roma desde una perspectiva que abarca tanto a hombres como a mujeres, lo que nos permite conocer el mundo romano de una manera mucho más exhaustiva que antes.

Os invito a acompañarme en este viaje en el que, por fin, son ellas las que hablan.

CÓMO UNA TEJA NOS PROPORCIONA UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO ROMANO

En un día soleado del año 100 a. C. un grupo de gente, hombres y mujeres, se afana trabajando en un santuario. Es una labor dura, están renovando el techo de un edificio cercano a uno de los mayores templos de la ciudad de Pietrabbondante situado a unos doscientos kilómetros de la ciudad de Roma. Dan forma a las tejas, las ponen a secar al sol y las colocan sobre la estructura. Los capataces, que están vigilando que el trabajo se haga, no prestan atención por un momento a dos de las trabajadoras que están hablando mientras realizan su tarea. O simplemente les dejan hacer, ya que siguen a lo suyo.

Estas dos mujeres se llaman Amica y Detfri.² En principio, no tendríamos por qué saber nada de ellas. No son esposas de ningún senador, ni hijas de un cónsul, ni hermanas de un emperador; de hecho, se encuentran en la otra punta de la escala social. Ignoramos si son esclavas o libertas, es decir, mujeres esclavizadas y liberadas posteriormente. En el mundo romano, como veremos con detalle más adelante, era habitual liberar a los esclavos una vez estos llegaban a cierta edad y habían dedicado los años más productivos de su vida a servir a su propietario. Una vez liberados, se convertían en ciudadanos romanos libres. En ocasiones, resultaba difícil diferenciar entre una persona esclavizada y una libre, ya que ambas ejercían los mismos oficios. En este caso, ambas son trabajadoras manuales de la construcción, lo cual no resultaba inusual en el mundo romano, en el que las mujeres realizaban casi todo tipo de trabajos.

Pero no nos adelantemos, volvamos a Amica y Detfri, que charlan mientras realizan su trabajo. ¿En qué idioma hablan? En el 100 a. C., la península itálica llevaba ya varios siglos bajo la dominación de Roma,

esa pequeña ciudad del Lacio que, con el paso del tiempo, se había convertido en la gran potencia del Mediterráneo. Sin embargo, sus habitantes, los itálicos, no eran ciudadanos romanos sino de su ciudad respectiva: Túsculo, Cumas, Bayas, Pompeya, Herculano, Corfinio... Todas esas ciudades ya eran relevantes antes de que Roma las conquistara, pero, bajo su dominio, habían crecido y prosperado, aunque debían pagar tributo a su conquistadora en forma de hombres para sus legiones y dinero para mantenerlos. La conquista del Mediterráneo, por tanto, fue llevada a cabo tanto por romanos como por contingentes itálicos. Sin embargo, mantenían sus propias costumbres, lenguas, derecho y formas de gobierno internas.

Muchas de esas comunidades hablaban idiomas diferentes. Por ejemplo, en la zona de Samnio, Campania, Lucania y en algunas partes de la Apulia, es decir, al este y al sur de Roma, justo donde se halla Pietrabbondante, la ciudad que nos ocupa, se hablaba osco, una lengua indoeuropea, al igual que el latín. Se han conservado inscripciones en este idioma desde aproximadamente el 400 a. C. hasta el siglo I d. C. Era el idioma de los samnitas, los feroces habitantes de la Campania; Roma necesitó varias décadas para someterlos, para lo que llevó a cabo varias guerras contra ellos entre los siglos IV y III a. C.³ Además, los samnitas se aliaron en varias ocasiones con los enemigos de Roma, lo hicieron así con el rey Pirro de Epiro (280-275 a. C.) y no dudaron en unirse al cartaginés Aníbal cuando este invadió Italia durante la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.) con el objetivo de destruir a Roma. Tan solo nueve años después del año 100 a. C., los habitantes no-romanos de Italia se rebelarán, hastiados de tener que enviar a todos sus jóvenes a luchar por Roma, pero sin compartir los beneficios de la conquista del Mediterráneo y sin disfrutar de la ciudadanía romana. De nuevo, los samnitas se hallarán a la cabeza de esta revuelta, llamada guerra de los aliados (91-88 a. C.).⁴

¿Podrían dos personas que hablasen osco y latín entenderse? Es más que probable. En todo caso, Detfri y Amica lo lograron. Tal vez se conocían de tiempo atrás, o incluso habían trabajado juntas en otras canteras o en otros santuarios; o su relación era más breve, podía haberse fraguado en la obra del santuario de Pietrabbondante. Es posible que emplearan una mezcla de osco y latín, o algún dialecto de los muchos de la zona que pudiera facilitarles la comunicación. O una de ellas era bilingüe, o chapurreaba el otro idioma; paciencia, veremos en un momento la solución a este enigma. Sea como fuere, ahí están ellas, trabajando bajo el sol del año 100 a. C. y charlando. Y, en un momento

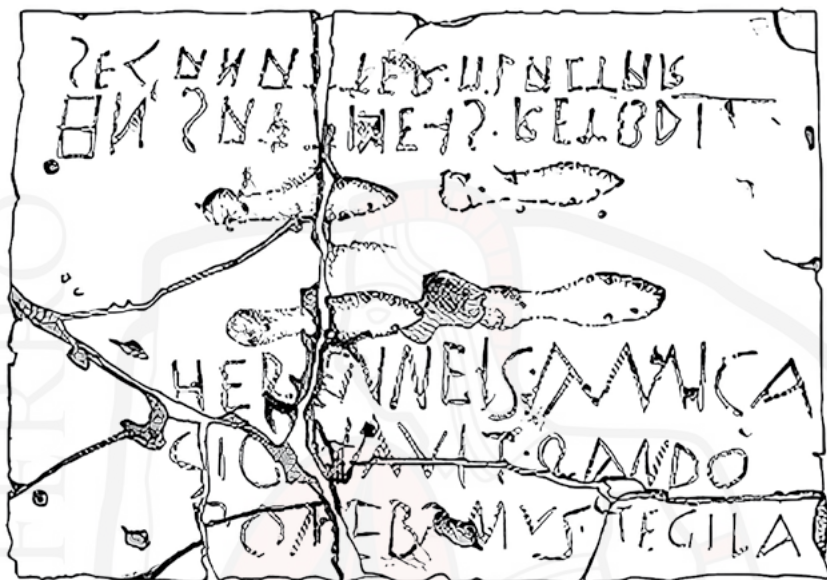


Figura 1: Teja con inscripción (CIL 1.3556a) realizada por dos trabajadoras de la construcción, Amica y Detfri (ca. 100 a. C.). Santuario de Pietrabbondante, Museo Archeologico Nazionale di Campobasso (Italia).

dado, deciden hacer algo inusitado: escribir sus nombres y dejar sus huellas, literalmente, en una teja. ¿Fue una broma entre ellas? ¿Era una forma de afirmar su presencia, de decir «aquí estamos nosotras»? Tal vez una mezcla de todo ello, pero el resultado es un documento excepcional: una teja con un texto escrito por cada una de ellas, junto a las huellas de sus zapatos.

Antes de seguir con el texto que escribieron, fijémonos en las huellas que dejaron. Amica y Detfri decidieron simplemente imprimirlas mientras la arcilla de la teja estaba todavía fresca. Cuántas veces hemos hecho todos eso mismo en la playa, o en barro fresco, o incluso en cemento fresco los más atrevidos. La huella del astronauta Neil Armstrong en la luna es una de las imágenes más representativas de la segunda mitad del siglo XX. Dejar una huella es dar fe de nuestra humanidad y de nuestra presencia; esas huellas de niños, de más de 16 000 años de antigüedad, descubiertas en la cueva de La Garma en Cantabria, pertenecientes a pequeños de entre seis y siete años, resultan conmovedoras. En el Malton Museum, se conserva una teja con una pequeña huella de pie, en este caso accidental, datada de época romana. Podemos imaginarnos a ese niño o niña de dos o tres años jugando o correteando mientras los trabajadores –entre los que tal vez se incluían

su padre o su madre— fabricaban esas tejas. Al mismo tiempo, las huellas de los pies tenían en el mundo antiguo una connotación religiosa, pues aparecen en exvotos en santuarios a lo largo de todo el Mediterráneo como símbolo, tal vez, de la presencia de la divinidad.

Amica y Deftri, aparte de dejar su huella, escribieron un texto que dice lo siguiente:

*h(e)re)n(e)is. sattii.eis deftri
seganatted. plavtad*

*Herenneis. Amica
signavit. qando a-
ponebamus. tegila.*

Es decir:

Deftri, de Hn. Sannio, marcó (esta teja) con su zapato
Amica, de Hereno, lo firmó cuando colocábamos la teja

Estas dos sencillas líneas contienen una gran cantidad de información. En primer lugar, parecen sugerir que el zapato pertenecía a Deftri y que fue Amica la que redactó el texto; sin embargo, las dos líneas no están escritas por la misma mano, así que es probable que Deftri redactara también su parte. Además, la primera parte está escrita en osco y la segunda en latín. Si estudiamos el texto con atención, nos damos cuenta de un detalle interesante: los nombres masculinos mencionados (Sannio y Hereno) pertenecían probablemente a los propietarios de las mujeres o a los dueños del taller de elaboración de tejas donde trabajaban, según si consideramos que fueran esclavas o mujeres libres. Al decir «de Hereno», Amica emplea un sufijo osco, y no latino, lo que sugiere que tal vez ella era bilingüe o, por lo menos, tenía nociones de ese idioma.

¿Usaron las dos trabajadoras el osco como lengua de comunicación, en vez del latín, que era lo que podríamos esperar? Por mucho que nos hayan hablado del latín como lengua vehicular, como el instrumento del Imperio, la realidad en el terreno era muy diferente: el mundo romano cobijaba dentro de sus fronteras un número relevante de lenguas y Roma nunca impuso un lenguaje por la fuerza. Una vez conquistó Grecia y Asia Menor, las relaciones con esos territorios se desarrollaron siempre en griego, que se percibía como una lengua con un estatus superior a las demás debido a su antigüedad y su prestigio cultural; ade-

más, había sido la lengua de Homero, Safo, Sócrates, Platón, Pericles, Tucídides o Aristóteles. Los emperadores incluso tenían una oficina, dentro de su cancillería, que se dedicaba a la correspondencia del emperador y estaba subdividida en dos: una en latín (*ab epistulis latinis*) y otra en griego (*ab epistulis graecis*).⁵ Sin embargo, aunque no tuvieran tal prestigio ni tanta presencia pública, Roma aceptaba la existencia de otros idiomas sin ningún problema. Por ejemplo, el gran jurista Ulpiano, a comienzos del siglo II d. C., afirmaba que daba igual en qué habla se hubiera redactado un contrato –galo, púnico o cualquier otro idioma–, si las dos partes eran capaces de entenderlo, se consideraba válido a ojos del derecho romano.⁶

Tenemos, por tanto, a dos mujeres de clase baja que sabían escribir. Como veremos más adelante, esto no era algo inusual en el mundo romano, ya que numerosos esclavos ejercían oficios para los cuales debían saber leer y escribir: maestras, pedagogos, contables, lectores, secretarios, etc. Pero este texto presenta un detalle curioso: ¿estaban parodiando estas dos mujeres la burocracia romana y su control administrativo? Cuando el Estado romano sufragaba un gasto importante, como la construcción o la reparación de un templo, de un edificio público, o incluso de un barco, un magistrado tenía que dar el visto bueno a la obra; por lo general, solía ser el cuestor, es decir, un joven de la élite a comienzos de su carrera política, de su *cursus honorum*, que estaba encargado de velar por la gestión económica del dinero público. Amica y Detfri emplearon el mismo lenguaje: *lo marqué, lo firmé*, pero hablaban de una humilde teja, no de un enorme barco de guerra destinado a luchar contra los enemigos de Roma, o de un templo dedicado a un dios. No hay mayor parodia que emplear el lenguaje oficial para cuestiones humildes.

Apenas diez años después, durante la guerra de los itálicos contra Roma, la ciudad donde se encontraba ese santuario fue arrasada por completo por las tropas romanas. ¿Vivían todavía Amica y Detfri en ese lugar, si es que estaban vivas? Como historiadora, sé perfectamente que el destino de esas mujeres era terrible ya que, si escaparon con vida a la destrucción de Pietrabbondante, pudieron haberse visto atrapadas en el asedio de cualquier otra ciudad itálica durante la guerra. Les esperaban por delante muerte, violaciones, esclavitud y penurias. Sin embargo, no puedo evitar desear que escaparan, que fallecieran siendo ya mayores y rodeadas de gente querida.

Por un milagro de la arqueología y del azar de la conservación, una humilde teja de un edificio de Pietrabbondante ha llegado hasta noso-

tros, atravesando periodos de paz y de guerra, destrucciones y abandono, mostrándonos un momento fugaz de un día del año 100 a. C. en el que dos mujeres decidieron saltarse las normas y hacer algo inesperado. Y así, esta teja nos cuenta una historia de Roma diferente: la de dos trabajadoras que sabían escribir, que hablaban idiomas y que se permitieron el descaro no solo de dejar su huella literal en la historia, sino además de reírse del poder y de los poderosos.

No se puede pedir mucho más a una teja.

¿POR QUÉ ES IMPORTANTE ENCENDER MUCHAS LÁMPARAS?

Querida lectora, querido lector, tal vez te estés planteando cuál es la diferencia –si es que existe alguna– entre la perspectiva masculina y femenina del mundo y, más en concreto, del mundo romano. No entraré en esencialismos o en explicaciones genéticas, más o menos acertadas científicamente. En mi opinión, se trata de una cuestión de posibilidades, de accesos, de restricciones y de clase, es decir, las mujeres romanas nos ofrecen una visión diferente porque su experiencia vital era diferente a la de un hombre de la élite romana, en cuyos textos nos solemos basar para reconstruir el mundo antiguo. De todas maneras, incluso dentro del mismo género, las vivencias de las mujeres eran extremadamente diversas: una mujer de la élite o incluso alguien de la familia imperial podía tener unas oportunidades y lujos que un hombre (o una mujer) de clase menos pudiente no podría ni soñar, todo eso a años luz de aquellas personas a las que habían convertido en esclavas. Los estudiosos actuales lo denominan «interseccionalidad», es decir, que género, etnia y clase, entre otros factores, se encuentran interrelacionados y, por tanto, crean diversos niveles de discriminación social.⁷ Es algo tan intuitivo como ser consciente de que no es lo mismo ser una mujer rica que una mujer pobre, o que una mujer pobre y una mujer sometida a la esclavitud.

Veamos un ejemplo no romano de la diversidad de perspectivas a la hora de entender el mundo entre hombres y mujeres y que refleja la diversidad de experiencias. Pensemos en cualquier cuadro del siglo XIX que muestre un harén oriental u odaliscas, dos motivos muy habituales en esa época. Puede ser *La gran odalisca* de Dominique Ingres o *La odalisca* de Mariano Fortuny. En ambas obras se representa a mujeres acompañadas de accesorios orientales, como un turbante, muebles, una pipa o un músico, totalmente desnudas, reclinadas de manera indolente, con pechos y caderas muy redondeados, llegando incluso a mostrar



Figura 2: *La gran odalisca* (1814), óleo sobre lienzo de Jean-August-Dominique Ingres. Museo del Louvre, París.

unas tremendas distorsiones anatómicas. De hecho, Ingres, que pintó a su odalisca con tres vértebras adicionales, mostrando así una espalda imposible de encontrar en un ser humano, debió de pensar «no dejes que la realidad te estropee un buen cuadro».

El intelectual y teórico literario Edward Said resaltó en su maravilloso libro *Orientalismo* (1978) cómo Occidente refleja su fascinación y sus miedos hacia Oriente a través de una imagen totalmente distorsionada de este, llena de experiencias exóticas y eróticas, que crean una imagen de «nosotros» opuesta a «ellos, los orientales», que serían un espejo en negativo. La representación cinematográfica del rey de reyes Jerjes en la película *300* adolece de los mismos estereotipos: sexualmente ambiguo, libidinoso, decadente, despótico, el *summum* de lo exótico. Nada nuevo bajo el sol.

Comparemos la visión de Ingres y Fortuny con la de *madame* Anselma, seudónimo de Alejandrina Gessler y Lacroix (1831-1907), importante pintora gaditana que, tras su matrimonio con un miembro de la élite francesa, residió en París la mayor parte de su vida, lo que le permitió entrar en contacto con los artistas más reputados del momento. Entre 1872 y 1880, tras un viaje a Marruecos, pintó un cuadro titulado *Fiesta de natalicio en Tánger* o *Los baños árabes*, que se encuentra en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.⁸ Querido Watson, busquemos juntos las diferencias entre este cuadro y los de Ingres o de Fortuny. En todos ellos, el contexto es un harén, pero lo primero que llama la atención en el de *madame* Anselma es que todas las mujeres



Figura 3: *La Odalisca* (1861), óleo sobre cartón de Mariano Fortuny. Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona.

presentes están completamente vestidas, algunas con colores más sobrios, otras con colores vistosos. Vemos mujeres de tez blanca, aceitunada y negra, todas ellas portan diferentes adornos y velos en la cabeza. A la derecha, hay un círculo formado por mujeres que cantan y tocan las palmas al compás de la canción; se atisba incluso una pandereta en la mano de una de ellas.

¿Dónde están, entonces, las mujeres totalmente desnudas? Únicamente en la mente de Ingres y Fortuny; ninguno de ellos pisó jamás un harén, ya que ningún hombre que no fuera el marido podía hacerlo, mientras que *madame* Anselma sí lo hizo, y retrató lo que vio. Como es evidente, no se trata de una foto, sino de una recreación artística que refleja la visión de una mujer de clase alta occidental; la misma escena sería probablemente diferente, por ejemplo, si hubiera sido representada por una mujer marroquí que viviera en un harén. En todo caso, este sencillo ejemplo nos ilustra sobre la diferencia de perspectivas entre hombres y mujeres y nos impulsa a seguir explorando el mundo romano a través de los ojos de ellas para verlo de manera más completa, gracias a la mirada del cincuenta por ciento de la población, cuya voz no se ha tenido en cuenta.

Este libro se fundamenta, además, en una segunda premisa: la experiencia femenina es universal. Comparto la sensación abrumadora



Figura 4: *Fiesta de natalicio en Tánger o Los baños árabes*, óleo sobre tela de Alejandrina Gessler y Lacroix o *madame Anselma*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.

que la escritora Annie Ernaux experimentó al leer *El segundo sexo*, de la filósofa francesa Simone de Beauvoir, un libro publicado en 1949 pero cuya lectura sigue proporcionando un lúcido análisis de lo que es ser mujer. En una famosa frase, Beauvoir afirma que «no se nace mujer, se llega a serlo», es decir, que la categoría femenina es una construcción social marcada por cómo las personas incluidas en esa categoría han sido educadas y por el lugar que se les confiere en una sociedad. Por ello, argumenta ella, las mujeres son «el otro», el segundo sexo, frente al cual se define el hombre, cuyas experiencias son universales y que se supone que es la medida de todas las cosas. En *Memoria de una chica* (2016), Ernaux relata que, al ser consciente de esa universalidad masculina, de repente comenzó a entender el mundo de otra manera.

De manera más práctica, en su libro *La mujer invisible: descubre cómo los datos configuran un mundo hecho por y para los hombres* (2019), Caroline Criado Perez ha analizado cómo vivimos en una sociedad que se ha construido alrededor de esa universalidad masculina; por ejemplo, se suele incidir en ciertos indicios para detectar un infarto de miocardio, como dolor en el pecho o en el brazo izquierdo, cuando en realidad

Figura 5: Simone de Beauvoir en 1967. Recorte de una foto en la que aparece junto a Jean-Paul Sartre cuando fueron recibidos por Avraham Shlonsky y Leah Goldberg. © Moshe Milner.



estos se dan únicamente en los hombres, ya que las mujeres suelen presentar otros síntomas como náuseas, dolor de mandíbula o indigestión. Hasta 2011, los maniqués que se emplean en las pruebas de seguridad de los coches estaban modelados únicamente con medidas de hombres (o de niños), sin tener en cuenta las proporciones de una mujer, con el riesgo que eso implicaba en caso de accidente. Además, los cinturones de seguridad y el asiento del conductor no fueron diseñados teniendo en cuenta las características femeninas, por lo que, en proporción al número de conductores, el porcentaje de mujeres que fallecen en accidente de coche es mayor. Este libro parte del principio de que la experiencia femenina también es universal y que, por tanto, sus vivencias también definen e ilustran una sociedad, tanto hoy como en la antigua Roma.

Imaginemos una habitación completamente a oscuras, de la que no llegamos a apreciar nada, ni sus contenidos ni tan siquiera sus límites. Encendamos una luz cenital, una gran lámpara que alumbré una buena parte de la sala, aunque le falten algunas bombillas; ahora distinguimos bastante bien lo que se encuentra en el centro, y percibimos algunas sombras aquí y allá, que tal vez podrían ser otros elementos de la habitación. Esa lámpara cenital serían las fuentes escritas por hombres de la élite grecorromana, que no iluminan todo, pero sí nos permiten hacernos una idea del lugar. Imaginemos ahora que vamos encendiendo pequeñas lámparas de mesa, o incluso lucernas romanas, colocadas por toda la habitación; su luz no es muy fuerte, por lo que iluminan solo

pequeños rincones. Sin embargo, la suma de todas ellas nos permite vislumbrar elementos que antes quedaban a oscuras. De repente, la habitación completa adquiere más nitidez y, por tanto, podemos apreciarla mejor. Esas lámparas son las fuentes escritas por mujeres: encendámoslas para conocer mejor el mundo antiguo.

NOTAS

1. Requena Aguilar, A., 2023: «Mary Beard: “El Imperio romano es una especie de lugar seguro en el cual poder tener una fantasía de macho”», *elDiario.es*, 10 de noviembre, recuperado de [https://www.eldiario.es/sociedad/mary-beard-imperio-romano-especie-lugar-seguro-fantasia-macho_128_10674896.html].
2. No es seguro si Detfri es el nombre de una persona o un apelativo desconocido. Como veremos, teniendo en cuenta el paralelismo en el texto, me inclino a pensar que es un antropónimo y, probablemente, de mujer.
3. Se refiere a las tres guerras samnitas, la Primera guerra samnita (343-341 a. C.), la Segunda guerra samnita (327-302 a. C.); y, la Tercera guerra samnita (299-290 a. C.).
4. En numerosos libros se la menciona como la Guerra social, pero no es una traducción correcta y puede inducir a error. Aunque, en efecto, los rebeldes reclamaban, entre otras cuestiones la ciudadanía romana, el nombre del conflicto no tiene nada que ver con aspectos sociales. El término latino es *bellum sociale*, es decir, la guerra de los *socii*, de los aliados, es decir, de todas las comunidades itálicas sometidas por Roma. De hecho, el nombre de *bellum sociale* se generaliza en el siglo II d. C., ya en época imperial. En época republicana esta guerra se conocía de dos maneras diferentes: *bellum Marsicum* (por los marsos, un pueblo de Italia central que se convirtió en uno de los líderes de la revuelta) o *bellum Italicum*, la guerra itálica (así la denomina, por ejemplo, un documento oficial del Senado datado en el 78 a. C., el *senatus consultum de Asclepiade Clazomenio sociisque*, o senadoconsulto de Asclepiade Clazomenio y sus compañeros).
5. El historiador Suetonio fue, por ejemplo, secretario *ab epistulis* del emperador Adriano.
6. *Digesto*, 32.11pr.
7. El concepto fue acuñado por Crenshaw, K., 1991.
8. De hecho, *madame* Anselma fue la primera mujer admitida en esa Academia. El cuadro fue incluido en la exposición «Maestras» del Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, comisariada por Rocío de la Villa entre octubre de 2023 y febrero de 2024. <https://www.museothyssen.org/exposiciones/maestras>

1

DE CIUDAD A POTENCIA INTERNACIONAL

EL REGALO DE UNA MADRE

Si visitas próximamente Roma, no dejes de ir al Museo Nacional Etrusco, situado en Villa Giulia. El edificio en sí es bellissimo, ya que fue un palacio construido por encargo del papa Julio III entre 1551 y 1553, compuesto por enormes jardines y galerías decoradas con frescos inspirados en la Domus Aurea, la mansión dorada que Nerón se hizo construir en Roma. A pesar de las maravillas que se pueden contemplar en este museo, no suele haber mucha gente, así que su visita es más que recomendable. La estrella es, por supuesto, el sarcófago etrusco de los esposos (s. VI a. C.), que representa a una pareja reclinada a punto de tomar una copa de vino juntos, con una sonrisa apenas delineada en sus rostros. Sin embargo, hay otra pieza en la que merece la pena detenerse: es la llamada cista Ficoroni, un pequeño joyero en bronce de 77 centímetros de alto, con una preciosa decoración en la parte superior, formada por tres estatuillas que conforman el asa. Alrededor del cuerpo de la caja, el artesano representó un episodio de la historia de los argonautas griegos: uno de ellos ata a un arrogante adversario, al cual ha derrotado en un combate de boxeo, mientras que la diosa Atenea observa atentamente y da su aprobación. Esta somera descripción no hace justicia a lo delicado del grabado sobre el bronce y las bellísimas figuras que aparecen en el joyero.

Además, cual mueble de la versión de Disney de *La bella y la bestia*, el joyero habla y nos cuenta su historia en latín arcaico a través de la inscripción grabada en él: «Dindia Macolnia me regaló a su hija. Novio Plautio me hizo en Roma». Francesco de Ficoroni, arqueólogo y coleccionista que dio su nombre a la *cista*, la descubrió en 1738 en una tumba de mujer en Praeneste –hoy en día denominada Palestrina–, una ciudad que se encuentra a cuarenta kilómetros de Roma. Este joyero,



Figura 6: Cista Ficoroni, hallada en Palestrina (s. IV a. C.), realizada en bronce grabado. Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia, Roma.

hoy vacío, nos cuenta una historia de conquista, de resistencia y, al mismo tiempo, de vida cotidiana. Hacia mediados del siglo IV a. C., la hija de una adinerada mujer de la élite de Praeneste estaba a punto de contraer matrimonio; su madre decidió encargarse, entre otros regalos que conformaban la dote, un joyero muy especial, para que su hija guardara sus joyas o tal vez sus útiles de maquillaje. Sin embargo, es posible que le pareciera que los talleres locales no estaban a la altura del impresionante regalo que ella tenía en mente, porque se dirigió a un artesano radicado en Roma llamado Novio Plautio, que fue capaz de dar forma a los deseos de esa mujer. Es interesante resaltar la importancia del artesano, ya que la persona que pagó este bellissimo objeto decidió conservar el nombre de este como recuerdo y testimonio de quien lo fabricó. Tal vez no sea solo una cuestión de gusto estético, sino también de estatus, como tener hoy en día un objeto de lujo, un bolso o un reloj, en el que la marca figure de manera prominente. Además, el texto que nos ocupa no está escondido; al contrario, se encuentra en la tapa, exactamente a los pies de las tres figuras que sirven de asa, de manera que la hija de Dindia Malconia vería, cada vez que quisiera abrir su joyero, tanto el nombre de su madre como el del artesano. El hecho de que la *cista* se encontrara en una tumba de mujer nos sugiere que la hija (o tal vez algún otro familiar femenino que pudo haberla heredado), fue enterrada con ella tras su muerte. Este objeto pasó dos mil años bajo tierra, en la oscuridad, hasta que fue exhumado y su propietaria dejó de tenerlo a su lado.

Gracias a la decisión de Dindia Malconia de encargarse ese joyero, se nos abre una ventana sobre la situación de las ciudades de la península itálica en el siglo IV a. C. En un primer momento, Roma había sido una más, ni la más rica ni la más próspera, aunque ya había comenzado una expansión inicial a costa de las ciudades latinas circundantes. El 396 a. C. constituye una fecha determinante, ya que en ese año Roma tomó la ciudad de Veies, una próspera población etrusca situada apenas a veinte kilómetros de la Urbe. A lo largo de todo el siglo IV a. C., Roma continuó su expansionismo por la península itálica, manteniendo guerras casi constantes con pueblos cercanos, como los oscos y los samnitas. Para el cambio de siglo, la Urbe tuvo también enfrentamientos con los etruscos y los umbros, llegando incluso al mar Adriático. El siglo III a. C. constituyó el momento en el que Roma pasó de ser el estado líder del centro de la península a expandirse también por el norte y el sur, lo que incluía las ciudades que componían la Magna Grecia, las antiguas colonias griegas. A mediados del siglo III a. C., la península estaba completamente en sus manos.

Como nos muestra el joyero, la relación de las principales ciudades de la península italiana con Roma fue compleja, con una clara dependencia militar, que generó mucha inquina, pero ligada a una independencia política y cultural. A partir de entonces, los destinos de todas ellas estarían unidos.

LA SATISFACCIÓN DE APRENDER A LEER Y ESCRIBIR

Cuando el régimen talibán volvió al poder en Afganistán en 2021, decidió privar a las niñas y jóvenes afganas del derecho a la educación, así que prohibió que estudiaran más allá de la educación primaria (es decir, a partir de los doce años), además de vetarles el acceso a la universidad.¹ La proliferación de escuelas clandestinas es ya un hecho en el país, a pesar de los riesgos que esto supone para profesoras, madres y alumnas.² La alfabetización y la educación femenina no constituyen solo un derecho, sino también la garantía de una vida y de una salud mejor, además de la posibilidad de tener un trabajo remunerado especializado, al mismo tiempo que les permite aumentar su participación en la toma de decisiones; en general, constituye un avance para el desarrollo de los países.

En el mundo romano el porcentaje de alfabetización era muy reducido, y más entre la población femenina. Un grupo de textos escritos por mujeres que estaban aprendiendo a leer y a escribir nos ilustran sobre esta cuestión. Viajemos al santuario de la diosa Reitia en la actual ciudad de Este, a unos setenta kilómetros de Venecia. Entre muchos exvotos y dedicatorias a la diosa, encontramos un hallazgo excepcional que no tiene paralelo en toda la península itálica: sesenta láminas de bronce inscritas, de entre 15 y 22 centímetros de largo, con un asa en uno de los lados, y veinticinco estilos en bronce o hierro, es decir, instrumentos de escritura parecidos a los actuales lápices para tabletas, también con inscripciones en lengua y alfabeto venético. Todos ellos están datados entre el siglo IV y el I a. C., es decir, el momento en el que el mundo véneto entra en contacto con Roma de manera más intensa.

Esas inscripciones nos hablan de algo inesperado, porque lo que tenemos son ejercicios de escritura y dedicatorias de personas que aprendieron a escribir. Querida lectora, querido lector, no sé si recuerdas cuando empezaste a escribir, o si has acompañado alguna vez a un niño en el proceso de aprendizaje. Lo primero es aprender el alfabeto; a continuación, las sílabas, que no es un paso tan sencillo como el anterior, ya que no solo es cuestión de colocar letras de manera adyacente, sino de leerlas al mismo tiempo. Los habitantes del mundo antiguo, tanto adul-

tos como niños, tenían esa misma dificultad, por lo que tanto el rétor Quintiliano como el filósofo cristiano san Agustín aconsejaban el aprendizaje de las sílabas como paso *sine qua non* para dominar la escritura.³ Los alfabetos encontrados en Pompeya inscritos en las paredes de toda la ciudad nos dan fe de los esfuerzos de alfabetización de mucha gente; algunos de ellos están escritos en muros a alturas relativamente bajas, lo que nos indica que fueron grabados por niños y niñas. Las láminas de bronce halladas en el santuario de Reitia (cerca de Este) comparten un mismo esquema: una primera lista de quince consonantes, seguidas por una lista de vocales en un orden concreto (AKEO), cada una de ellas repetida dieciséis veces, seguidas por grupos silábicos. Por ejemplo:

v d h θ k l m n p s r s t b g e

aaaaaaaaaaaaaaaa

kkkkkkkkkkkkkkk

eeeeeeeeeeeeeeee

oooooooooooooooo

[v]hr vhn vhl vh dr dn [d]l

θr θn θl kr <k>n kl kv mr mn ml

pr pn pl sr sn sl

tr tn tl br bn bl gr gn gl.⁴

No se trata de ninguna fórmula de invocación a la divinidad ni nada por el estilo, sino de algo más prosaico: son una réplica de los ejercicios de escritura habituales del aprendizaje del idioma venético, que se realizaban en tablillas de madera o de cera (es decir, en un material que se podía borrar). Las inscripciones en las tablillas y en los estilos constituyen un agradecimiento a la diosa Reitia por haber aprendido a leer y escribir.⁵ ¿Quiénes eran los devotos alfabetizados? En este caso, mujeres y hombres de la élite venética, ya que las láminas de bronce fueron dedicadas por ocho hombres y tres mujeres, pero los veinticinco estilos inscritos fueron sufragados únicamente por mujeres.⁶ Podríamos pensar, porque así nos lo han contado habitualmente, que en el mundo romano se educaba sobre todo a los niños, y que, solo en algunas ocasiones, se alfabetizaba a las niñas.

Sin embargo, como vemos en el santuario de Reitia, la alfabetización femenina dependía sobre todo de la clase social y la riqueza, incluso en momentos tan tempranos como los siglos III-I a. C.: el

porcentaje de alfabetización de las mujeres y niñas podía ser elevado, ya que esto constituía una marca de estatus, prestigio y riqueza y, en general, se consideraba un motivo de orgullo. De hecho, parece que, por lo menos en los niveles más bajos, algunas niñas asistían al colegio al igual que los niños. Las inscripciones funerarias abundan en menciones a niñas y *libertas* educadas, que son elogiadas por ello.⁷ Un papiro egipcio escrito en griego en el siglo I a. C. nos cuenta la historia de dos hermanas que se encontraban de viaje y enviaron por carta consejos a sus hermanas pequeñas, Rasión y Demarión: «dedicad vuestra atención al aprendizaje».⁸

A esto se añade que, en el mundo romano, la alfabetización no iba ligada a un estatus social, es decir, había muchísimas personas libres que no sabían leer y esclavos o esclavas que estaban alfabetizados, porque lo requerían para su oficio; por ejemplo, mujeres contables, parteras, secretarías, tenderas, propietarias de un bar o incluso prostitutas. O las pedagogas, es decir, mujeres que acompañaban a los niños para que fueran instruidos por un maestro y se ocupaban de su educación en casa. Así, una inscripción nos informa de que unas hermanas dedicaron un monumento funerario a sus dos pedagogos, un hombre y una mujer, ambos antiguos esclavos de su padre.⁹ Ya hemos visto, además, a dos trabajadoras de la construcción que eran capaces de escribir un texto en una teja.

Tendríamos que entender el santuario de Reitia como una especie de escuela, un lugar de enseñanza y difusión de la escritura para la clase alta, que podía costear un exvoto tan caro como una lámina o un estilo en bronce. Esas mujeres, satisfechas de sí mismas y orgullosas de poder leer y escribir, nos han dejado sus nombres: Fetiana Otnia, Kanta Makna, Nerka Lemetorna, Frema, Fugia, Fremaistna, Fougonta Lemetorna... ¿Qué edad tendrían? No tenemos que pensar que todas eran niñas, ya que una mujer, Egetora, dedica un estilo en nombre de Aimos, su marido, y sus hijos.¹⁰ ¿Cuántas de ellas fueron a clase juntas y sufrieron por no ser capaces de leer dos sílabas seguidas? Ese esfuerzo tuvo su resultado y ellas quisieron agradecerlo a la diosa. No fueron las únicas que actuaron así en el mundo romano: el escritor Plutarco, que vivió en el siglo II d. C., narra como gran ejemplo de superación una inscripción que vio, dedicada por una mujer de Iliria, que aprendió a leer ya de adulta, y que le dedicó un monumento a las Musas.¹¹ La mayor parte de la población no sabía ni leer ni escribir, pero ciertos grupos, tanto en la parte superior como en la inferior de la pirámide social, aprendieron y dejaron muestra de ello.

UNA POETA NOS CUENTA LAS CONQUISTAS ROMANAS

En el periodo conocido como la República romana media (ss. III-II a. C.), Roma comenzó una expansión por el Mediterráneo sin parangón. Tenía frente a ella a un gran rival: la ciudad de Cartago, antigua fundación fenicia situada en lo que hoy es Túnez, que había forjado un imperio en el norte de África, la península ibérica, Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia. Cartago y Roma se enfrentaron por dos veces, en las llamadas Primera y Segunda Guerra Púnica (264-241 a. C. y 218-201 a. C.), que culminaron en ambos casos con la victoria romana. Una vez vencido el enemigo cartaginés, tras la derrota de Aníbal en el 201 a. C., Roma fijó su mirada en el Mediterráneo oriental, y comenzó un proceso de conquista de toda la zona, que comprendía Grecia continental, Macedonia, todas las islas del Egeo, Creta, y la zona que en la actualidad es Turquía, es decir, las ciudades griegas y los reinos helenísticos de Macedonia, Pérgamo y Siria. Existe un gran debate entre los historiadores sobre si Roma actuó como una potencia ofensiva o defensiva, es decir, si los senadores y generales tenían desde el comienzo un plan en mente para ir conquistando de forma paulatina el Mediterráneo o si, por el contrario, los romanos simplemente reaccionaron frente a lo que percibían como amenazas por parte de los poderes de la zona. Otras explicaciones apuntan a motivos económicos, no ligados a la apertura o control de nuevas zonas comerciales, sino a decisiones individuales de senadores movidos por la avaricia y el deseo de enriquecerse con la conquista de nuevos territorios. Sin embargo, los procesos históricos y estas decisiones individuales son algo ciertamente muy complejo, y no se pueden entender empleando una única explicación.¹² Todo un cúmulo de razones –ofensivas, defensivas, intereses personales y avaricia colectiva– llevó a Roma a ir despedazando Grecia y los reinos helenísticos del Mediterráneo. Por supuesto, esta conquista no hubiera podido llevarse a cabo sin los miles de soldados –romanos e itálicos– que lucharon y murieron o sobrevivieron; no olvidemos que, desde que Roma subyugó a las poblaciones itálicas, estas tenían que pagar como tributo al vencedor una serie de prestaciones militares, entre las que se incluían la puesta a disposición y mantenimiento de un cierto número de soldados y caballería que luchaban como tropas auxiliares con las legiones, por lo general, en los flancos.¹³

Tomando el punto de vista de las poblaciones conquistadas, Roma parecía un tsunami que se venía encima de manera casi inexorable. Y no

era para menos. Roma venció al rey Filipo V de Macedonia en el 197, al rey seléucida Antíoco III en el 191 y 190, y al rey Perseo de Macedonia en el 169. Los seléucidas entregaron a Roma todos sus territorios en Grecia en virtud del tratado de Apamea en el 188 a. C.; en el 148, Macedonia fue convertida en provincia; y, tras ser derrotada, se disolvió la Liga Aquea, motivo por el que todo el territorio griego estuvo controlado por Roma de manera definitiva en el 146 a. C., mientras que el último rey de Pérgamo, Atalo III, legó en testamento su reino a Roma en el 133 a. C.

El historiador griego Polibio (200-118 a. C.), hijo de un miembro de la élite, formaba parte de la Liga Aquea, una confederación de ciudades de la zona del Peloponeso; sospechoso de ser antirromano, fue enviado a Roma junto con otros mil rehenes en el 168 a. C. tras la decisiva victoria romana en Pidna, como prenda de garantía de las buenas disposiciones de la Liga. Polibio tuvo muchísima suerte y recaló en la casa del conquistador de Macedonia, Lucio Emilio Paulo, quien le encargó la educación de sus hijos, entre los que se contaba Escipión Emiliano, futuro vencedor de Cartago y de Numancia, con el que Polibio entabló una estrechísima amistad.¹⁴ Podríamos llamarlo síndrome de Estocolmo, o tal vez simplemente considerarlo un intento de explicar a sus conciudadanos lo que había ocurrido: Polibio escribió una obra titulada *Historias*, compuesta por cuarenta y cinco volúmenes (de los que solo nos han llegado cinco de manera completa y fragmentos del resto), en la que narró el auge y expansión de Roma, es decir, cómo esta había llegado a convertirse en el principal poder del Mediterráneo en muy poco tiempo.¹⁵

Sin embargo, Polibio no fue el único pensador que intentó congraciarse con el nuevo poder y reaccionar frente a él. Una poeta griega llamada Melino constituye una de las voces más originales para entender la reacción de los griegos frente a Roma. No sabemos prácticamente nada sobre esta mujer; los historiadores y filólogos debaten sobre la época en la que vivió, señalando como posibles momentos el siglo II a. C. o el II d. C., es decir, momentos muy diferentes del expansionismo romano, pues uno tuvo lugar en plena República y otro en el momento más crítico del Imperio. Teniendo en cuenta el contexto político de la época y la ausencia de toda mención al emperador (algo casi obligado en época imperial), tiendo a decantarme por la primera opción, ya que Melino cuadra a la perfección dentro del mundo griego que tiene que encontrar su lugar en un nuevo orden mediterráneo. Se ha llegado a apuntar que provenía de la isla de Lesbos, porque empleaba el dialecto

eólico, al igual que Safo, la gran poeta del siglo VI a. C., pero es una hipótesis que habría que descartar, porque muchísimos poetas de otras regiones, sobre todo entre los siglos III y I a. C., usaron esa misma variante lingüística. En suma, no sabemos nada más de Melino, excepto que era mujer y que compuso un poema en griego titulado *A Roma*.

Te saludo, Roma, hija de Ares,
combativa señora de cinturón dorado
que en la tierra habitas el sagrado Olimpo,
para siempre indestructible.

Solo a ti, la muy venerable, el Destino ha concedido
la gloria regia de un poder inexpugnable
a fin de que con el vigor propio de un soberano
gobiernes.

Tu yugo de poderosos correajes
el pecho de la tierra y del grisáceo mar
mantiene unidos: tú gobiernas con firmeza
las ciudades de las gentes.

El omnipotente Tiempo que todo aniquila
y transforma la vida de manera cambiante
solo para ti el viento favorable que infla las velas de tu poder
mantiene inalterable.

Pues en verdad solamente tú engendras
a los más fuertes varones de entre todos, grandes guerreros,
como si se asemejara a la fecunda cosecha de Deméter,
pero de hombres.¹⁶

Hay mucho que comentar sobre el poema, pero comencemos por lo más obvio, el título; aunque no lo parezca, se trata de un ingenioso juego de palabras. En griego, Ρώμη (Rhome) significa Roma, la ciudad, pero es también el sustantivo que denota la fuerza física, el poderío. Además, los versos elogian a Roma como hija de Ares, es decir, del dios de la guerra griego, y la llama «combativa señora de cinturón dorado», en una clara alusión a las amazonas, aquellas fieras mujeres guerreras del Asia Menor y el mar Negro que eran también hijas de Ares.¹⁷ Melino, además, describe Roma de una manera tremendamente original, como

mujer guerrera pero también como conquistadora, como gobernante (tercera estrofa) y, finalmente, como madre, ya que en la última estrofa la convierte en aquella que engendra guerreros en una fecundísima cosecha, como la de los frutos y granos que crecen todas las primaveras. Nunca antes, pero tampoco después, se describirá la Urbe con tantos matices: Roma guerrera, Roma conquistadora, Roma gobernante, Roma madre. Su poder único es el *leitmotiv* del poema. Además, el destino le ha concedido un favor especial, a saber, un poder inalterable; en sus *Historias*, Polibio manifestaba que el poder de Roma provenía de la Fortuna, es decir, de circunstancias favorables, mientras que Melino convierte este poder en inevitable y permanente, ya que el destino lo ha querido así. Hasta el nombre de la ciudad, *fuerza*, era una premonición de su destino de conquistadora; ni siquiera el tiempo, que todo corroe y destruye, puede alterarlo.

He hablado de un poema, pero en realidad no se trataba de un texto para leer en voz baja o incluso alta, sino, como otros tantos poemas de la antigüedad, de un texto para escuchar en un contexto concreto: en una procesión religiosa. Frente al poderío de Roma, algunas ciudades del ámbito cultural griego comenzaron, desde inicios del siglo II a. C., a emplear todo tipo de estrategias para congraciarse con los romanos, entre ellas la divinización de la ciudad, es decir, la creación del culto a *Thea Rome* —la diosa Roma—, algo por otra parte habitual en el mundo helenístico, que vio proliferar la consagración de cultos a monarcas. Sin embargo, con Roma el desafío era diferente, porque sus magistrados no duraban mucho tiempo en la zona, ya que sus mandos eran anuales o, a lo sumo, mientras durase la campaña militar. Los griegos llegaron incluso a brindar honores divinos a algunos comandantes, como a Tito Flaminio, pero las ventajas que provenían de esos honores tenían fecha de caducidad cuando este volviese a Roma. Frente a esto, el poema de Melino proporciona una respuesta política a este dilema: en vez de conmemorar a una persona, se celebrará a una diosa, Roma, que, a su vez, representa a toda la comunidad de los romanos.

Este poema o himno religioso se cantó en una procesión, una costumbre que bebe de la tradición de los himnos de bienvenida helenísticos dedicados a un ser humano poderoso tal como un rey. Imaginemos el momento, basándonos en lo que cuenta Plutarco (*ca.* 40-*ca.* 120 d. C.) sobre un cántico análogo dedicado a Flaminio: la procesión recorría el recinto sagrado, lleno de habitantes de la ciudad y de visitantes que abarrotaban el lugar, tal vez incluso contando con la presencia de algún miembro de la administración provincial romana; en el momento cum-

bre, un coro de mujeres jóvenes cantaba el himno de Melino, por el cual se proclamaba el poder inmortal e inalterable de Roma, y cuyas palabras llegaban hasta los cielos. No se puede idear una representación más impresionante del poder y de la identificación política conjunta, que aquella en la que los griegos —o una mujer griega—, conformaban una nueva manera de relacionarse con el poder, gracias a lo que encontraron su sitio en el nuevo escenario político. Y no era algo con fecha temprana de caducidad ya que probablemente Plutarco asistió a las celebraciones en honor de Tito Flaminio, casi trescientos años después de que tuvieron lugar por primera vez.¹⁸ Tal vez el himno de Melino fue cantado por jóvenes durante siglos en honor de Roma. Curiosamente, la divinización de la Urbe fue una creación intelectual tremendamente influyente, ya que los romanos acabaron asumiendo esta nueva divinidad e integrándola en su mentalidad: en el 135 d. C., el emperador Adriano dedicó un magnífico templo a Venus y a la diosa Roma, el más grande de toda la Urbe. Querido lector, querida lectora, si viajas a Roma, puedes verlo entre el Foro Romano y el Coliseo, justo al lado del arco de Tito.

Con anterioridad, los especialistas concebían el imperialismo romano como un poder avasallador que no admitía réplica; las nuevas tendencias históricas se centran en recuperar las respuestas de las poblaciones sometidas por Roma y en analizar su capacidad de acción. Los griegos, con una larga tradición cultural de enfrentarse a imperios, no eran pasivos consumidores de las ideas de poder e imperio que les llegaban de Roma, sino que tomaron parte activa en la creación de un nuevo imaginario político que les permitía prosperar en el marco del imperio. El himno de la poeta Melino, a través de las voces de esas jóvenes que lo cantaban, nos acerca a una creación intelectual temprana y enormemente influyente y nos ilumina el periodo en el que Roma conquistó el Mediterráneo.

INTERLUDIO: ¿CUÁNTO HEMOS PERDIDO DEL MUNDO ROMANO?

Desvelaré un secreto profesional: en ocasiones, los estudiosos del mundo antiguo durante los congresos y seminarios planteamos un juego consistente en preguntarse qué obra perdida de la Antigüedad nos hubiera gustado que hubiera sobrevivido. Las respuestas pueden ser viscerales y la gente defiende su opción con fervor, pasión, uñas y dientes. No es una pregunta inocua, ya que abre un enorme abanico de posibilidades, futuros fallidos, filias y odios, más si tenemos en cuenta que

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Roma, nombre de mujer, ciudad encarnada en diosa. Y, sin embargo, cuando se narra su historia, no escuchamos las voces de las romanas, enmudecidas en unas fuentes escritas por y para los hombres. ¿Podemos rescatar esas voces, podemos desafiar un silencio milenario e intentar recuperar lo que emperatrices, libertas o esclavas dijeron y sintieron?

Cristina Rosillo López, reconocida experta en la antigua Roma, responde en *Romanas. Voces rescatadas* a este desafío nunca antes planteado: sí, se puede contar la historia del mundo romano empleando únicamente fuentes escritas por mujeres, desde cartas a epitafios o grafitis. Mujeres de la élite, como una Livia o una Agripina que escribió sus *Memorias*, pero también trabajadoras como Amica y Detfri, que escribieron sus nombres en una teja junto a las huellas de sus zapatos. Una historia contada por ellas, porque las experiencias femeninas son también universales: nos hablan de elecciones y de alta política, de comercio y de trabajo, de ciencia y de cultura, de amor y sexo, de cuidados, dolor y de la pérdida de seres queridos... Sus voces en primera persona nos hablan, en suma, de la vida en Roma a través del prisma femenino, porque la historia no son solo grandes procesos y revoluciones, batallas y conflictos, sino también las pequeñas historias que nos hablan del día a día.

En *Romanas. Voces rescatadas* la antigua Roma funciona como un espejo en el que mirar nuestra sociedad, y sus mujeres nos hablan de un mundo que no es el nuestro pero que nos interpela. Es necesario rescatar sus palabras para devolverles su pasado, sus vidas y sus historias, tan distintas de las nuestras en algunas cosas, pero tan igual en tantísimas otras. Escuchémoslas.

ISBN: 979-13-990788-5-5



9 791399 078855

P.V.P.: 26,95 €

**HISTORIA
ANTIGUA**